



COPA AMÉRICA

Segundo tiempo CARLOS BEJAR PORTILLA
Cuando me gustaba el fútbol RAÚL PÉREZ TORRES





“Segundo tiempo”, de Carlos Bejar Portilla.
En *Área de candela*. Flacso Ecuador.

“Cuando me gustaba el fútbol”, de Raúl Pérez Torres.
En *Área de candela*. Flacso Ecuador.

Agradecemos la colaboración de Juan José Panno (www.cuentosymas.com.ar) y de Marcos Cezer, de Ediciones Al Arco (www.librosalarco.com.ar).

Diseño de tapa y colección: Plan Nacional de Lectura 2011
Colección: Pasión por leer 2011

PLAN NACIONAL
DE LECTURA



MINISTERIO DE EDUCACIÓN DE LA NACIÓN

Secretaría de Educación

Plan Nacional de Lectura 2011

Pizzurno 935 (C1020ACA) Ciudad de Buenos Aires

Tel: (011) 4129-1075/1127

planlectura@me.gov.ar - www.planlectura.educ.ar

República Argentina, 2011

Segundo tiempo

Carlos Bejar Portilla

Esos mismo le digo. Si a “Cascarita”¹ se le ocurre cruzarla por la izquierda así, en forma total, era seguro que yo la agarraba de chanfle, pero el otro aflojó y tuvo miedo de driblar en la línea de corner y para no perder el cuero prefirió, el menso², tocar los botines del back centro y los hizo refugiarse en el tiro de esquina. ¡Qué le cuento! Faltaban minutos para terminar y la general era un despelote completo, gritaban y ya invadían el grass para celebrar el empate y sacar a los locales en hombros. Con ese punto, ganaban el campeonato. Bien aliviados nos íbamos a quedar, y eso que nosotros veníamos de sostener en Bolivia varias confrontaciones y en Montevideo, las ganamos todas para que vea nomás la experiencia que traíamos como visitantes. Pero había que ver, los paisanos eran duros y el machete zumbaba en las dieciocho. El referí no decía nada, como que el muy torcuato ya estaba pitando cargado desde que empezó la complementaria y me derribaron un par de veces, a la altura de los veinte y los cuarenta y dos, cuando entraba embalado; por más que reclamamos, nada, nada. Al ver esto la defensa de ellos se avispó y comenzaron con los fauls descarados, si hasta me sacaron la manga de la camiseta, además que como nueve me tocaba la peor parte y usted siente que las cañoneras se le agarrotan y cuando corre en profundidad a buscar el claro o hace la pared con el interior es como que va con plomo en los botines. Eso siempre pasa a los cuarenta, así que no se puede hacer jugadas de fantasía y que me cache acariciar el cuero, las cascaritas se acaban, se busca el hueco para patear, pero todo se cierra. Ve únicamente defensas por todos lados de manera que hay que retrasar el balón con las consabidas rechiflas de la general. Me imagino aquí los nervios de toda la fanaticada oyendo la radio ya casi para finalizar y la vieja esperando que ponga el de honor que también nos hubiera dado el

1. El sobrenombre hace alusión a cascarita: hacer jueguitos con la pelota.

2. Menso: tonto.

campeonato. En eso lesionaron al zurdo Gobeá, cuando hacía una entrada de mucho peligro, arremetiendo por el centro y ya todos coreaban el gol, la bola que viaja al fondo de los pólidos, y el referí no pita, aplicando la ventaja y hace sonar el silbato sancionando el tanto. Faltaban treinta segundos. Era nuestra victoria y nos pusimos a brincar como niños en la grama. El estadio se derrumbaba de puro silencio, los paisanos se quedaron fríos cuando en eso el árbitro indica el punto en donde se cometió la infracción para que se cobre, anulando así nuestra conquista. Gobeá se levantó y corrió como loco a reclamarle y todavía no salíamos de la euforia cuando ya lo había expulsado. Esto me hace acordar de las finales que jugamos en Bogotá por la Libertadores. Era en el sesenta y dos y el respetable había colmado totalmente las aposentaduras del “Campín” sin dejar claros. Récord de taquilla que pasaba del millón de pesos. Nuestro cartel era fabuloso porque veníamos de cumplir una campaña de puros triunfos. Yo estaba en la cabeza de la tabla, veintidós goles en doce partidos. Gobeá y el ñato Santacruz todavía andaban por el banco. Nos entrenaba Pepe Silveira que después se fue al Corinthians y nos impuso el cuatro a tres con un líbero adelante, que ese era yo, como nueve, a pesar de que algunas veces cambiamos las camisetas para confundir un poco a las defensas. El hecho es que tenían depositadas en nosotros todas las expectativas. En esa vez teníamos poca barra porque fueron pocos los aficionados que pudieron acompañarnos, no como en Guayaquil, un partido antes de la final, cuando la hinchada se venía estadio abajo ya que en los primeros cuarenta y cinco les habíamos metido cinco a los peruanos.

No se olvide de que los del Rímac son lo que hay para un desmarque y juegan en profundidad. Perico Cruz era un show pateando desde las dieciocho pero no había nada que hacer, estábamos inspirados y atrás el patucho³ Carpio no dejaba pasar ni el aire. Comenzamos con el baile, la filigrana, el ballet funcionaba como nunca y nos marcaban el ritmo desde las tribunas batiendo las manos. Dos minutos antes el árbitro dio por finalizado el encuentro, porque el respetable empezó a invadir la cancha para sacarnos en hombros y todo era una locura increíble; las banderas, los pitos, los cohe-

3. Persona de baja estatura.

tes, encendieron los periódicos en galería, nos arrancaron en pedazos la celeste y al rato también me quedé sin los botines. Imagínese usted el recibimiento que me esperaba en el barrio. La vieja estaría llorando de pura emoción prendida de los comentarios finales en donde se iba a dar cuenta exacta de los tres goles que me tocaron, sobre todo del segundo que fue una jugada de mucha inspiración. Vino un centro de la derecha para nadie. Sacó el lateral uno de los muchachos justo sobre mi cabeza, saltamos con el back y me lo llevé largo para bajarla con el pecho, driblar a dos más que se botaron y disparar de zurda al vuelo, bajo y cruzado sobre el parante derecho porque había visto con el rabillo del ojo que el man del arco andaba cazando moscas en el izquierdo. Un partido más y nos llevábamos la Copa. Por eso vino lo de Quito y como le dije era algo bárbaro que dos equipos nacionales se hubieran clasificado pero todos nos daban el mayor chance para el triunfo. Se sabía que los paisanos juegan recio y en cancha propia se creen como cuando le metieron dos a cero al seleccionado de Argentina, pero qué le íbamos a hacer, llevábamos la camiseta, usted sabe lo que son los colores, y teníamos fe absoluta en llevarnos los puntos. El partido iba a ser trámite violento por lo que se jugaba y le repito que en el área chica zumbaba la patada, además teníamos miedo de que el referí a puro bandido nos pite un penal en las postrimerías, así que había que jugar limpio abajo, entrándole al cuero con anticipación. Ya le conté cómo nos anularon el gol del zurdo Gobeia faltando treinta segundos y estábamos jugando el descuento con el público metido dentro de la cancha cuando un mal rechazo de la defensa permitió desviar la esférica hacia la izquierda en donde el ñato la cogió solo y enfiló potente cañonazo a media altura hasta el mismo fondo de las redes, así que fue que nos llevamos la Copa.

Ahora, si usted quiere que le cuente el partido que jugamos con Santos en el sesenta, pida media botella más de caña, bríndeme otro trago y verá lo que es la candela.



Cuando me gustaba el fútbol

Raúl Pérez Torres

Yo bajaba con Oswaldo por la Avenida América, rodando la pelota con pases largos de vereda a vereda, cuando mamá salió a la ventana de la casa y me llamó a gritos. Me paré en seco mirando cómo la pelota se iba solita, sin nadie que la detuviera, que la acariciara, como lo hacía yo con mis zapatos de caucho ennegrecidos y rotos. Oswaldo estupefacto por un momento, corrió luego tras ella y yo regresé donde mamá, limpiándome las manos en el pantalón.

Mi vieja, enfadada y marchita, llena de grandes surcos sus mejillas, me habló de la misma manera que hablan todas las madres pobres, me recriminó mi suciedad, mi vagancia y ese juego maldito que destruía mis zapatos y dejaba la ropa “hecha sendales”.

Luego llevándome al comedor me dijo: “Desclava ese cuadro de la pared y límpialo porque debes ir a empeñarlo”.

Me dediqué por entero a esta labor y Oswaldo me ayudaba, tratando de sacarle el mejor brillo con el trapo que utilizaba mamá para limpiar los cubiertos (que casi siempre estaban limpios). Era un cuadro plateado de La Divina Cena tallado a mano. Despreciaba ese cuadro, siempre lo había mirado desde mi silla con esa muerta benevolencia que no servía para nada, con el tipo de barbas largas sentado en la mitad de una mesa enorme y los doce más mirando nuestro almuerzo de caras macilentas y sopa de fideo. Oswaldo me dijo: “Hay que jalarle las barbas a este” y yo

me reí buscando en su actitud esa sombra protectora de la amistad, pero luego me puse triste y con ganas de decir puta madre, porque me daba pena ver cómo poco a poco nos íbamos quedando sin nada, primero el radio, luego la vajilla que le regalaron a Micaela cuando se casó, el despertador de Julia, el abrigo que Manolo heredó de papá, el prendedor que le regaló el tío Alfonso a mamá cuando regresó de España, los libros de Medicina de cuando el ñaño⁴ estudiaba y así todo, y también estaba eso de que podía verme Gabriela en el momento de entrar a la casa de empeño de don Carlos, como ya me había visto otras veces. Por eso y por mucho más estaba triste. Pero Oswaldo me dijo que me acompañaría y además recordé que el cuadro no me gustaba y que ahora podría comer en paz, mirando las paredes vacías y las telas de araña que siempre me produjeron una extraña fascinación.

Guardamos la pelota en la red que Micaela tejió cuando estaba encinta y bajamos a lo de don Carlos.

Quedaba en el primer piso de la casa de Gabriela, había que atravesar un zaguán largo y embaldosado. Yo procuraba no topar las baldosas negras y caminaba en puntillas. Siempre que no tocaba las baldosas negras, don Carlos me recibía afectuosamente y decía: “Veamos, veamos, qué me traes ahora condenado”. Al final había dos puertas cerradas y despintadas, con mucha mugre y manoseo, con el timbre a un lado (todas las veces que tocaba ese timbre me daban ganas de orinar), se abría sigilosamente una puerta pequeña corrediza y unos ojos chiquitos sin luz, escudriñaban a los lados de mi rostro, sin fijarse en mí, hasta que finalmente me miraba y decía con voz gangosa: “Veamos, veamos, qué me traes ahora condenado”.

Estiré el paquete y don Carlos preguntó: “Qué es esto”, a la vez que abría el envoltorio con sus manos amarillas y temblorosas. Me desentendí del asunto y me puse a mirar tras suyo todo lo que mis ojos podían ver, medallones empolvados, chalinas de diferentes colores, relojes, radios,

4. Se refiere al hermano.

libros, máquinas de coser y de escribir, dos o tres biblias de enorme tamaño, un cofre de hueso, cobijas, un estuche de cuero, una espada, un título de abogado con marco tallado de madera, ternos de hombre, abrigos, todo ordenado y pegado con un papelito blanco. Pero el cuarto lleno de humo no me dejaba ver más allá, donde una bruma espesa se extendía como borrándolo, como debe ser la entrada al infierno, hasta que su voz ronca sonó en mi oído como cuerno y dijo: “Esto no sirve, es pura lata”. Volví mi cabeza desamparada hacia Oswaldo que estaba escondido inclinado tras la puerta y él me hizo una seña impaciente frunciendo las cejas y agitando las manos, indicándome que insistiera, entonces yo mientras bailoteaba desesperadamente en mi puesto, frotándome las piernas, le dije: “Es nuevo, el tío nos lo trajo de Roma”.

Don Carlos pasaba el dedo por los apóstoles y mascullaba algo entre dientes, luego prendió un foco y se iluminó el cuarto con miles de reflejos dorados que por simple coincidencia venían a estrellarse contra mis ojos; al rato dijo: “Cuánto”, y respondí: “Cien, mamá lo sacará a fin de mes”. Don Carlos lanzó una risotada y gritó: “Ni comprado, ni que estuvieran vivos”. Tragué saliva y respondí: “Cuánto ofrece” y me sentí como esas mujeres que vendían verduras en el mercado del barrio. Don Carlos fue a su escritorio y sacó dos billetes de a veinte, diciéndome: “Toma esto condenado para que no te vayas con las manos vacías, firma aquí” y me señaló el libro azul con la pasta rota. Firmé y recogí los dos papeles y sentí un profundo resentimiento con mamá, con Oswaldo, con don Carlos y con esos viejos plateados de la divina cena. Cuando me retiraba don Carlos me gritó: “Espera la contraseña” y me lanzó un recibo que doblé y guardé en el bolsillo de la camisa junto con los billetes, pensando en que ya teníamos para otro día de comida.

Antes de salir pedí a Oswaldo que saliera primero y me avisara si Gabriela estaba en la ventana. Oswaldo salió alegre pateando la pelota y luego me hizo unas señas que yo no entendí bien. Cuando salí, la voz

inconfundible de Gabriela me gritó: “Chino”, pero yo acalambrado hasta los talones me lancé contra Oswaldo, le quité la pelota y corrí con todas mis fuerzas. En la esquina de la Panamá cambié un billete y compré un helado y dos delicados. Allí le esperé a Oswaldo, pero no apareció; entonces empecé a subir a la casa pateando las piedras y aplastando las pepitas de capulí que encontraba en la calle, ese sonido me producía una dulce satisfacción en las plantas de los pies y en el oído.

Cerca de la casa me encontré con la jorga del flaco Darío, todos estaban en rueda, tecniqueando con una cáscara de naranja. Me quedé viéndoles hasta que se acercó el Chivolo Sáenz y me dijo: “Chino, juguemos un partidito”. Yo me iba a negar pensando en que mamá me estaría esperando para tomar café y comprar la leche de la mamadera del hijo de Micaela, pero el flaco vino por atrás y me hizo soltar la pelota, así que decidí irme con ellos diciéndome: qué carajo, que esperen.

Había una canchita frente a la Escuela Espejo. Allí jugaba yo siempre al salir de la escuela, en el tiempo en que asistía, pero desde que murió papá ya no volví porque mamá me dijo que era preciso que la acompañara, que se sentía muy sola y triste y que yo era su único halago, pero ahora sé que no fue por eso, sino que necesitaba alguien a quien insultar, a quien mandar a los empeños, a quien enviar a la tienda a fiar el pan de la tarde. Pero en la cancha me olvidaba de todo y le daba a la pelota más que ninguno, tal vez solo por eso gozaba de un pequeñísimo respeto como ahora en que el flaco me decía: “Chino, haz vos el partido” y yo meditaba, me daba aires, miraba a todos uno por uno y decía serio: “Vos Chivolo acá, vos Patitas allá”.

Ellos metieron el primer gol. Nos sacamos las camisetas y entonces sí se distinguía más. Yo me entendía bien con Perico pero más con Oswaldo, lástima que Oswaldo no haya estado porque sino era goleada. De todas maneras ganamos un partido y suspendimos el otro porque casi ya no se veía y decidimos pararlo para continuar al otro día.

Cuando fui a ponerme la camisa, esta había desaparecido. Comencé a buscarla primero con una risa nerviosa, luego angustiado y luego con lágrimas en los ojos, pero la camisa nada. Todos empezaron a abandonarme. Se me abrió un abismo oscuro, largo, de donde salía mamá, Micaela, su hijo, Oswaldo, papá, el profesor, los zapatos de caucho, don Carlos, Gabriela, los apóstoles.

Seguí buscando por horas, debajo de las piedras con las que señalábamos el gol, tras de los árboles, debajo de las yerbas, fui a la tienda y rogué que me prestaran una esperma y seguí buscando, con el dorso desnudo, empapado en lágrimas, tras de las matas de chica, en el tapial, al otro lado de la cancha.

Ya muy entrada la noche, desolado y vencido, lleno de frío y miedo me dije: “Bueno Chino, qué mierda” y me llené de tristeza. De la misma tristeza que tenía mamá cuando perdió a papá.

Ahora estoy en la estación esperando que pase Oswaldo y el negro Bejarano, a ver si nos vamos a Guayaquil para embarcarnos.





CARLOS BEJAR PORTILLA



(1938, Ambato, Ecuador).

Obtuvo el doctorado en Jurisprudencia, carrera que abandonó pronto, en búsqueda de otros horizontes. Novelista y poeta, posee un estilo original, con preferencia hacia temas no tradicionales, por los que ha recibido numerosos reconocimientos. Es autor de novelas: *Tribu sí*, *Mar abierto*; *La Rosa de Singapur*; cuentos: *Puerto de Luna*, *Samballah*, *Osa Mayor*; poesía: *Plumas*, entre otros. En México se publicó su cuento “Segundo tiempo”, en *Gool*, siete historias de fútbol, antología que compartió junto a autores consagrados como Mario Benedetti, Fernando Alegría, Mario Vargas Llosa; entre otras.



RAÚL PÉREZ TORRES



(1941, Quito, Ecuador).

Narrador, poeta y periodista, fue fundador de la revista *La bufanda del sol*, importante publicación de los jóvenes escritores de los años 70.

Es autor de novelas: *Teoría del desencanto*; cuentos: *Musiquero joven*, *musiquero viejo*, *En la noche y en la niebla*, *Sólo cenizas hallarás*, *Da llevando*, *Manual para mover las fichas*, *Micaela y otros cuentos*, *Un saco de alacranes*, *Los últimos hijos del bolero*; poesía: *Poemas para tocarle*, teatro: *La dama de rojo*; entre otras.





Ministerio de
Educación
Presidencia de la Nación

PLAN NACIONAL
DE LECTURA



PROGRAMA EDUCATIVO NACIONAL
PARA EL MEJORAMIENTO DE LA LECTURA

PASIÓN POR Leer

2011



Secretaría de Deporte
Ministerio de Desarrollo Social



COPA AMERICA
ARGENTINA 2011



TV Pública
CANAL SIETE

Fútbol para tod@s